

La feria de los días

I

Tiempos críticos son éstos para nuestra América ibera. Los problemas se agudizan y exigen soluciones. La impaciencia popular se rebela contra el anacronismo de las estructuras. La estabilidad política es aquí la excepción. La mayoría de los países sufren las incertidumbres y convulsiones periódicas que trae consigo un desequilibrio no superado, y, de seguir las cosas como van, no superables.



II

La crisis que aflige a Brasil me parece especialmente alarmante. Trátase de una de las naciones más vastas del mundo y de un factor capital en nuestro continente. Su potencialidad económica podría convertirse, bien desenvuelta, en una de las bases menos discutibles para una política independiente.

III

Por desgracia, el hombre no desempeña su historia como le place, ni de acuerdo con un estricto sentido de la justicia. Y los esfuerzos iberoamericanos por obtener un marco decoroso en el que la vida media deje de ser una tragedia sin salida, se estrellan a menudo ante fuerzas irracionales urgidas por el interés de unos cuantos y propiciadas por el vaivén de las componendas y las incomprensiones ajenas.



IV

A la hora en que esto se escribe, Brasil ha sucumbido una vez más en la lucha —indeclinable— por su renovación fundamental. Meses antes, el finado presidente Kennedy había declarado en uno de sus últimos discursos (en Florida) la necesidad de no reducir todos los conflictos a los esquemas yermos de la guerra fría. Flotaban aún en el aire las palabras del senador Fulbright, clamando en moderados términos por la supresión de las “oligarquías feudales” que dominan el paisaje social de Iberoamérica. Sin embar-



go, tales oligarquías volvieron, en Brasil, a usurpar el poder, y su gesto triunfal fue coreado en altas esferas estadounidenses sólo con bendiciones y con la rígida invocación a la santa causa de Occidente.

V

Todavía más: hubo funcionario que declaró sin ambages, y en un discurso oficial, que semejante golpe de Estado constituía una lección para “los demás países neutralistas de



América”, o sea “México y Chile”. Sobran los comentarios. Sobra, inclusive, la declaración de dicho funcionario. Pero no podemos menos de advertir en éste y otros juicios el franco regreso a ciertas actitudes que ya queríamos suponer en vías de liquidación.

VI

El plan de la llamada Alianza para el Progreso adolecía, sin duda, de fallas considerables. Al menos, John F. Kennedy supo comprender, y así lo manifestó, que de no llevarse a cabo en Iberoamérica una revolución pacífica, la única alternativa sería una revolución violenta. ¿Tan pronto se ha olvidado la evidencia del dilema? ¿Tanto ha llovido desde entonces?

—J. G. T.